

Selina, muerta de curiosidad no para hasta saber de qué libro se trata. Y es un diccionario lo que el niño lee. No tiene otro libro. Pero a través de las páginas en que se explica el significado de las palabras, él ve el mundo con toda su portentosa belleza, y goza sabiendo que esas palabras se animan en otros libros y viven y palpitan explicando el sentimiento humano con todos sus matices emocionales.

Cuando Selina se casa con un joven granjero que sólo sabe admirarla y adorarla con una pasión infantil, ella sueña que su hijo herede el ensueño del artista, del hombre de sensibilidad que un día pueda ser capaz de crear esa maravilla al cual pueda llegar el arte literario. Pero su decepción es grande. Su hijo saca, por el contrario, un gran sentido práctico. El hijo del hortelano holandés, que sólo pensaba en la manera de mejorar los cultivos de su granja, se afina, y sabe encontrar las fórmulas más certeras destinadas a hacer grandes negocios y luego adquiere toda la soltura del hombre de mundo que sabe decir cosas ingeniosas y agradables a las muchachas. Se hace rico y llega a figurar entre lo más encopetado de Chicago. Cree que ha triunfado y así se lo hace ver a su madre. Y entonces ella, la dulce granjera, que entre sus repollos y demás hortalizas no ha dejado jamás de acariciar su sueño maravilloso le dice con acento desencantado: ¿Pero a eso llamas tú triunfar? Y es el otro el que sigue el camino que ella soñó. Roelf, que se convierte en un escultor célebre al cual un día ve llegar a su granja ungido por la fama. Era también su hijo, el hijo de su espíritu.

<https://doi.org/10.29393/At228-229-79DMDI10079>

DON MANUEL MONTT.

Januario Espinosa, sin pretender contar en forma de novela la vida de don Manuel Montt ha sabido, sin embargo, revivir dándoles un particular encanto a todos los hechos que rodearon la existencia de ese ciudadano austero que no tuvo otra

ambición que la de servir a su país. Espinosa ha salpimentado su relato con anécdotas y episodios que van perfilando el retrato de Montt, dándole el carácter que correspondía a su recia personalidad.

El autor no divaga ni hace largas digresiones acerca de la época ni de los acontecimientos que tuvieron relación con aquel ilustre hombre público, cuya recia voluntad va apartando tantos y tan tenaces escollos de su camino, hasta poder cumplir en gran parte la misión que se había propuesto.

Por sus métodos, por sus principios, por su tosudez don Manuel Montt daba la idea del hombre reaccionario, y sin embargo por sus realizaciones fué un gobernante de avanzada. Un revolucionario que no le importa amagar intereses cuando se trataba de una empresa que llevara a su país por el camino del progreso. Ferrocarriles, telégrafos, caminos, colegios y obras públicas de variado beneficio público se realizan durante su laboriosa administración. Hombres de ciencia, educadores y hasta revolucionarios, que traían su fogosa inquietud a este rincón de la América, encontraban en don Manuel Montt un fuerte apoyo. No era un retrógrado en manera alguna, lo que deseaba era gobernar, hacer patria. No sabía hacer discursos. Era mucho mejor construir un puente carretero o un colegio. Mas, para que estas obras llegaran a realizarse era menester tranquilidad en la acción y paz en los espíritus inquietos que convulsionaban el ambiente con sus batallas ideológicas. Todo era necesario, y sin embargo don Manuel Montt tenía razón, primero había que formar la nación, vigorizarla, afianzarla. Ya habría tiempo para todo lo demás.

Una anécdota que cuenta Januario Espinosa demuestra hasta qué extremos don Manuel Montt velaba por que cada hombre de este país tuviera las garantías que merecía por su laboriosidad. Uno de sus hijos había salido muy aficionado a trasnochar y por este motivo el portero tenía que levantarse todas las noches a altas horas, a abrirle la puerta. Don Ma-

nuel se da cuenta del hecho. Una noche se queda en vela y le ordena al portero que se acueste. Llega el hijo, Y entonces él le va a abrir la puerta. El mozo azorado al ver a su padre le dice: ¡Pero usted padre! —Sí, le contesta don Manuel. El portero debe levantarse muy temprano y no puede trasnochar todos los días. Por supuesto que el joven Montt no se atrevió a volver a llegar tarde.

Con episodios y anécdotas como ésta, Januario Espinosa nos va presentando al personaje. Saca a ratos de la historia lo que le conviene para apoyar la reconstrucción de la personalidad que nos presenta y con métodos simples, sin retórica, al contrario, con cartas y documentos en que palpita la vida de ese tiempo nos da una imagen de aquel varón ilustre que llena con su noble actividad muchas páginas de la historia de Chile. Nos queda de don Manuel Montt, a través del libro de Espinosa, la imagen justa: la de un hombre de clara inteligencia y de generoso corazón que pone estas sobresalientes cualidades, con recia voluntad, al servicio de la patria.

El libro de Januario Espinosa trae un bien meditado prólogo de Ricardo Latcham, en el cual destaca los méritos más salientes de esta obra y hace un rápido análisis de la época y de la personalidad de don Manuel Montt.

CUADERNOS AMERICANOS.

El N.º 1 de este año, de esta importante revista de cultura, publicada en México, incluye un discurso del Dr. Rodolfo Méndez Peñate, Rector de la Universidad de la Habana. Este discurso fué pronunciado en la sesión inaugural de la Primera Reunión de los Profesores Españoles Emigrados, y es una defensa de la inteligencia. Recordando aquel grito de Millán Astray, en la Universidad de Salamanca, en el cual el conocido militar franquista lanzó su absurdo: ¡Muera la inteligencia! El Dr. Méndez, dice que en estos tiempos de tanta responsabili-